

Recorrer la ciudad, reencontrar a los viejos amigos

Santiago del Nuevo Extremo

Los proyectos editoriales surgen, a veces, de manera insospechada. Varias experiencias se mezclan en el tiempo y, de súbito, cristaliza la idea para un libro o una colección.

Intentaré resumir aquí la historia de la edición del libro *Imágenes de Santiago del Nuevo Extremo* que tardó algo más de tres años en ver la luz, desde los primeros titubeos hasta que salió de imprenta.

El reencuentro con la ciudad

En el año 1994 regresé a mi país y a mi ciudad, Santiago, después de veinte años de ausencia y de añoranzas. Durante semanas recorrí la ciudad incansablemente, buscando los espacios que estaban en mi recuerdo: la plaza frente a mi casa, las calles arboladas de Providencia, el Parque Forestal.

Caminaba y caminaba en el ventoso otoño. Qué maravilla caminar, qué maravilla las aceras, qué maravilla el frío después de la dura y caliente Caracas.

Pero la ciudad había crecido y había cambiado. Barrios completos de viejas casas amables, rodeadas de jardines, se habían transformado en sectores de grandes edificios que intentaban imitar a los rascacielos de Nueva York. Todavía podían verse algunas casas solitarias, a la sombra de construcciones de quince y veinte pisos, aplastadas por el entorno. Pronto también desaparecerían. Y en el viejo centro, hermosos palacios habían sido destruidos para levantar moles cuadradas, brillantes, puro vidrio y metal. ¿Adónde iba la ciudad? ¿Quién la pensaba?

Después de muchos años de un trabajo intenso en Caracas, tenía muchas horas li-

bres en Santiago. En uno de los recorridos por la ciudad, llegué hasta la Biblioteca Nacional. Seguía tan hermosa como la recordaba: un edificio construido especialmente para alojarla en los tiempos de la bonanza del salitre, a comienzos del siglo XX. Me inventé investigaciones para acudir allí casi a diario. Y gracias a los gentiles bibliotecarios pude revisar antiguos libros y grabados, muchos de ellos referidos a los comienzos de la ciudad. ¡Eran una maravilla! Allí estaba la Casa de Moneda, último edificio de la Colonia; el Puente de Cal y Canto construido con el trabajo forzado de los presos bajo el látigo implacable del corregidor Zañartu; la Alameda de las Delicias, inaugurada después de la Independencia como un elegante paseo ciudadano.

Recorrer la ciudad, reencontrar a los viejos amigos, rebuscar en el pasado, llenar el vacío de los años de ausencia, encontrar un espacio para vivir, para trabajar, todo esto era el retorno.

El proyecto

Entonces, cuando meses después nos planteamos con dos profesoras, Ángela y Marina Donoso, hacer libros de información, y más precisamente de historia para niños, el tema de la ciudad surgió casi inmediatamente. Nos interesaban los asuntos vinculados con el pasado. El país parecía querer olvidar todo lo que quedaba atrás y a nosotros, en cambio, nos parecía indispensable encontrar el hilo de nuestra historia. Consideramos una historia de la infancia, una historia de la educación, una historia de las buenas costumbres. Eran temas muy extensos, un reto difícil de cumplir. Por eso, una breve historia de la

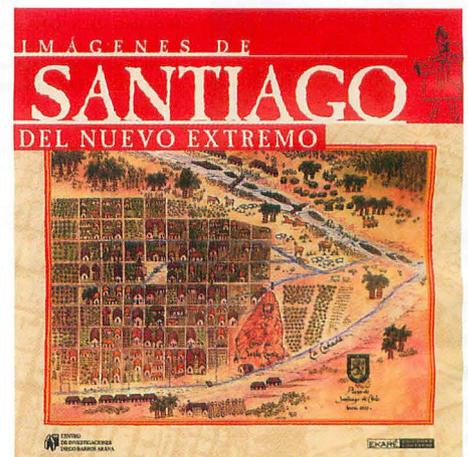
Verónica Uribe

Fundadora de Ediciones Ekaré junto a Carmen Diana Dearden. Editora de libros para niños, autora también de algunos

Verónica Uribe

Imágenes de Santiago del Nuevo Extremo

Caracas. Ekaré, 2002



ciudad fue a lo que nos dedicamos. Pero no una historia de calles y edificios sino de las gentes de la ciudad.

Pero ¿por dónde empezar?

¿Del presente al pasado? ¿Describir la ciudad de ahora, tan claramente dividida entre los de arriba y los de abajo? Por un lado, los adinerados, cada vez más cerca de la cordillera, atrincherados en sus urbanizaciones; y en el otro extremo, los pobres extendiendo la ciudad hacia el sur y el poniente. Muchas semanas intentamos concretar un esquema que fuera del presente al pasado, pero finalmente nos decidimos a comenzar por el principio, por el valle y sus habitantes antes de la llegada de los conquistadores.

Y sin embargo, a pesar de comenzar por el principio, que parecía más fácil, pasamos mucho tiempo intentando ordenar y seleccionar los hechos que destacaríamos. Para ello fue indispensable la obra de Armando de Ramón *Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana*, que nos permitió tener a la mano un marco teórico y una indispensable guía.

Organizando los contenidos

Decidimos, siguiendo el esquema de muchos *documentaires* franceses, ordenar la información en dobles páginas, como unidades básicas, y estas dobles páginas en capítulos. Al igual que los libros de historia de la editorial Tecolote, utilizamos para las imágenes sólo documentos históricos. De manera que junto con se-

leccionar los hechos, teníamos que encontrar imágenes apropiadas –y ojalá hermosas– que los ilustraran. Fue la parte más laboriosa de todo el proceso del libro, pero a la vez la más fascinante. Pasé horas en la Biblioteca Nacional –nuevamente–, en el Archivo Nacional, en la biblioteca del Museo Histórico, de la Universidad de Chile. Por esos días la Biblioteca Nacional estaba justamente ordenando su archivo gráfico para digitalizar los valiosos documentos que guardaba, pero aunque no tuvimos acceso a los archivos digitales –no estaban listos– sí pudimos fotografiar las imágenes que nos interesaban en películas 6 x 6 para lograr la mejor reproducción. Desafortunadamente algunas imágenes estaban muy dañadas y fue imposible lograr una mejor definición.

Cada capítulo abre con una imagen que representa el espacio en el que fue creciendo la ciudad, siglo a siglo, desde el valle poblado por caseríos indígenas hasta la ciudad actual, velada por el smog. Una cita en la portadilla de cada capítulo busca resumir el periodo. Por ejemplo, Neruda –a quien nunca le gustó Santiago– describe la ciudad del siglo XX como “una araña muerta que extiende piernas polvorrientas”; en cambio el viajero francés Frezier habla con entusiasmo del Santiago del siglo XVIII como “una ciudad deliciosa, perfumada de azahares y floripondios”.

El plano de la portada

En cada capítulo hay un plano de la ciudad que va marcando su crecimiento. El

primero de ellos, Santiago hacia 1600, es la única imagen que no es propiamente un documento histórico. Fue un plano que mandamos a hacer a una ilustradora pensando en la portada del libro. Nos basamos en el plano esquemático elaborado por el historiador Tomás Thayer y en las descripciones que los cronistas hacen de los primeros tiempos de la ciudad; algunas son muy detalladas: quién vivía en cada manzana, cuáles casas eran las más grandes, dónde comenzaban las chacras, dónde estaban los viñedos, adónde se mudaron los caseríos de indios. El plano lo dibujó Beatriz Concha a la manera de los planos holandeses de esas fechas y quedó tan atractivo y “real” que un historiador lo utilizó para adornar la portada de su revista universitaria. Cuando le reclamé, me contestó tan campante que ¡los documentos históricos eran de dominio público! Y no sólo él confundió este plano dibujado a fines del siglo XX con un antiguo documento del siglo XVII: ha aparecido en periódicos y libros de texto, sin ninguna referencia a su verdadera autoría. Por obra y gracia de la falta de rigurosidad de algunos, el plano se ha transformado en “documento histórico”, según comenta Marina Donoso.

La Moneda incendiada

A estas alturas, casi nadie recuerda el clima de desconfianza y de temor que persistía durante los primeros años del retorno de la democracia hasta el momento en que tomaron preso a Pinochet en Lon-

Lo que vieron y escribieron los cronistas

La vida de los indígenas era muy distinta a la de los españoles que habían llegado a estas tierras. Los conquistadores miraban con ojos europeos y se asombraban de las costumbres de los habitantes del valle que les parecían extrañas. Algunos escribieron sus impresiones y memorias. A estos escritores se les llama cronistas y a sus escritos, crónicas.

Jerónimo de Vivar, Diego de Ocaña, Pedro Mariño de Lobera, Alonso de Ovalle y Diego de Rosales fueron algunos de los cronistas que escribieron acerca de Chile.



Habitantes de Chile y de la tierra Magallánica. Grabado. Sin referencia. Museo Histórico Nacional.

Entre las cosas que les llamaban la atención, están las siguientes:

- que los indígenas se bañaban todos los días, invierno y verano.
- que los hombres eran lampiños; si les salía algún pelo en la cara, se lo sacaban con pinzas hechas de conchas de choros.
- que los hombres hacían mucho ejercicio, preparándose para la guerra.
- que las mujeres eran fuertes, como los hombres.
- que pasaban mucho tiempo jugando y por eso los españoles los consideraban flojos y holgazanes; uno de los juegos favoritos era la chueca.
- que las comidas eran diferentes; como a muchos españoles no les gustaban, en lugar de llamarlas guisos, les decían “desguisados”.
- que con las hierbas las machis preparaban muy buenos remedios.

Junto a los niños que juegan, el ilustrador identificó la vegetación que los rodea: el pino chileno o araucario, la palma chilena y la hierba culen. *Juego del Quechicague*. Grabado. En: *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*. Abate Don Juan Ignacio Molina. Bolsonera, 1776. Sala Medina. Biblioteca Nacional.



Santiago era un pequeño poblado a comienzos del siglo XVII, pero ya tenía escuela, catedral, varias iglesias y conventos; molinos para el trigo, hornos para fabricar tejas, curtiembres y plantaciones de viñas. No se sabe con certeza cuál era el total de la población de la ciudad y sus alrededores, pero en 1610 el oidor Hernando Machado calculó que había 1.717 españoles y criollos, 8.600 indios y 300 negros. Dibujo de Beatriz Concha en base a plano y datos de Tomás Thayer (1964).

dres en 2001. Recién entonces las personas se animaron a hablar con mayor libertad y los medios a mencionar la tragedia del golpe y los años de dictadura. La imagen de La Moneda incendiada (que recorrió el mundo) estaba en el recuerdo de los chilenos, pero nunca se había vuelto a imprimir ni a transmitir por televisión en Chile. La que aparece en el libro (tomada de la edición del 14 de septiembre de 1973 del diario *El Mercurio*) sorprendía a los que vieron la maqueta que preparamos para pedir financiamiento. Todos quedaban impactados, como viéndola por primera vez.

Y hablando de financiamiento: Clara Budnik, directora de la Biblioteca Nacional, se entusiasmó con el proyecto y gestionó la impresión del libro con la generosa contribución del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Fue el único y valioso apoyo que obtuvimos.

Los desafíos

El gran reto para el diseño del libro era darle coherencia visual a esta gama tan heterogénea de imágenes. Se logró ordenando el contenido en dobles páginas, siempre los textos a la izquierda acompañados de viñetas; y a la derecha, imágenes a toda página. Se utilizó el color rojo para los títulos y se marcó con fuerza la entrada de cada capítulo con las ilustraciones a doble página que ya hemos mencionado.

En unas dobles páginas con breves informaciones y viñetas se utilizaron frisos en rojo con detalles de la época a fin de contener estos “suelos”.

No queríamos que el libro tuviera tapa dura. No queríamos que pareciera un pretencioso *coffee table book*, sino un objeto cercano, para hojear, para tocar. Por ello, elegimos una cartulina brillante, un rojo cálido en portada y una encuadernación en rústica con unas amplias solapas para darle cuerpo.

El reto en la redacción de los textos era mantenerlos livianos, atractivos, sencillos, sin faltar a la verdad histórica, que es el desafío de todo libro de información para niños: que se lea con gusto y no se simplifique al punto de distorsionar la verdad. Cuando se hizo la presentación del libro, el historiador que habló dijo que la tarea de presentar el libro le había caído de rebote (la directora de la Biblioteca Nacional tenía otro compromiso) y que se había preparado para revisar un aburrido librito para niños, pero había quedado impresionado por lo atractivo del libro y por la rigurosidad de los contenidos. Un gran elogio de parte de un historiador quisquilloso.

Rincones amables

Los santiaguinos, como otros ciudadanos de otras urbes, transitan su ciudad, la usan, pero no la ven. No la piensan, no la proyectan hacia el futuro. Los ca-

prichos de cada alcalde, la falta de conciencia sobre la importancia de conservar el patrimonio y la memoria, han hecho de muchos sectores de la ciudad una imitación patética de otras urbes. Así por ejemplo, al antiguo y tranquilo barrio El Golf le llaman ahora Sanhattan, porque sus casas desaparecieron y surgieron edificios que copian a los de Manhattan. La verdad es que la densidad de vidrio y metal de esa zona recuerda más bien al planeta Mongo de Flash Gordon.

Algunos sostienen que Santiago es una “ciudad suicida” que se destruye a sí misma a medida que crece. Sin embargo, quedan los rincones amables de la ciudad y algunos espacios que se han conservado y recuperado para la ciudadanía, como, entre otros, la Estación Mapocho, transformada en centro cultural, el Museo de Bellas Artes; la Biblioteca de Santiago, ubicada en unas viejas bodegas de los años 30 y convertida en un amplio centro de información y de actividades culturales; o el grato cerro San Cristóbal, pulmón de la ciudad.

Disfrutamos y sufrimos mucho en el proceso de hacer *Imágenes de Santiago del Nuevo Extremo*. Sería maravilloso si fuera un impulso para que los santiaguinos se detuvieran a mirar su ciudad, la conocieran y, ojalá, aprendieran a quererla y preservarla. No hay mucho tiempo. ◀▶

La Moneda bombardeada

El edificio de La Moneda fue la última construcción importante que se realizó durante los tiempos coloniales. Chile había obtenido autorización para acuñar sus propias monedas y para ello se construyó este edificio, uno de los más modernos y admirados de esos tiempos. Después de la Independencia, en 1846, el presidente Bulnes instaló allí el palacio presidencial. Siguió llamándose La Moneda, y ha sido escenario de momentos históricos, y también dramáticos, de la política del país, como cuando fue bombardeado por aviones de la Fuerza Aérea el 11 de septiembre de 1973.

Tres años antes, Salvador Allende apoyado por una coalición de partidos de izquierda, había ganado las elecciones presidenciales. Se inició un período de grandes reformas -como la nacionalización del cobre- y de fuerte enfrentamiento entre partidarios y opositores. El gobierno socialista terminó violentamente con un golpe militar encabezado por Augusto Pinochet y el suicidio de Salvador Allende.

De acuerdo al historiador Armando de Ramón, la imagen de La Moneda bombardeada, que recorrió el mundo entero, es el símbolo de “la tragedia chilena de los últimos años, asimismo claramente por la capital de Chile”.



La Moneda tardó 23 años en construirse. Su arquitecto, Joaquín Toesca, había muerto cuando el edificio fue inaugurado. La Moneda. En: *From the Andes to the sea 1820 and 1821*, Peter Schindlmyer, Londres, 1824. Archivo Patrimonio Histórico Biblioteca Nacional.

La Moneda bajo el bombardeo de los aviones Hansler Hüner el día 11 de septiembre de 1973. La fotografía fue tomada desde el piso trece del Hotel Cartera. *El Mercurio*, 14 de septiembre de 1973.

